

En él descansan
Los peregrinos,
Y alientan los que llevan, puestos de hinojos,
Dolores en el alma, llanto en los ojos.
En él aposentada de noche y día
Está la inmaculada Virgen María;
A verla van los reyes y los pastores,
Por ella tienen cantos los ruiseñores;
Frutos el valle,
Luz el ambiente,
Flores el campo
Y agua la fuente;
Y por ella, los hijos de aquella tierra
Fueron siempre dichosos en paz y en guerra.
Lucían de mi vida las alboradas,
Y eran dulces los sueños en que dormía;
Mi sueño acariciando con sus miradas,
Me arrullaba en sus brazos la madre mía,
Y murmurando
Tiernas canciones,
Me fué enseñando
Sus devociones;
«La Virgen de los niños es protectora,
Cuando los niños mueren, suspira y llora.»
Al templo me llevaron de la ribera,
Y ante el pilar bendito con embeleso,
Á rezar me enseñaron con fe sincera
Y adorar en la imágen, dándole un beso.
Por cada beso
Que allí posaba,
Ciento en mis labios
Mi madre daba.
¡Cuida, señora, el ángel de mis amores,
Haz que sea su vida senda de flores!
Pasaron muchos días que hicieron años

Y sufrí de la vida las amarguras;
Anublaron mi frente los desengaños,
Trocáronse las dichas en desventuras.
Y ansiando días
De bienandanza,
La Virgen pura
Fué mi esperanza.
«Virgen, en cuyos ojos el cielo miro,
Mirame, que de hinojos lloro y suspiro.»
Siempre de la plegaria brotó consuelo,
Y un ángel en la tierra mi afán calmando,
Mensajero dichoso del bien del cielo,
Mis amargos pesares fué consolando.
Y tras los hondos
Fieros dolores
Siempre lucieron
Días mejores.
¡Virgen, á cuyo amparo mi mente crea,
Mil veces alabado tu nombre sea!

1867.

LXVI (1).

(FANTASÍA CARNAVALESCA.)

Viento.

¡Oh campo yermo y pálida llanura
De cierzos invernales azotada!

(1) Fué escrita esta composición para el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* de 1878, y ahora se reproduce aquí corregida.

¿Qué fué de vuestra espléndida verdura
Y alfombra engalanada?
¡El tiempo esteriliza y anonada
Cuanto encuentra á su aleve paso eterno!
Pasó el otoño y avanzó el invierno,
Y del campo las galas y primores,
Trocó el invierno en soledad sombría
Y en tétricos rumores,
Del viento helado y de la escarcha fría.
Tal exclamaba un día
Nublado de Febrero,
El poeta doliente que suscribe,
Y que cantando sus pesares vive.
Y harto de no encontrar fuera de puertas
Ni flores ni canciones
En las planicies tristes y desiertas
De estas incomprensibles poblaciones,
Que otros suelen llamar *plazas abiertas*,
Se fué á su casa, y á la grata lumbre
Del hogar do le lleva la costumbre,
Del hondo asiento en el rincón hundido,
Viendo la lumbre se quedó dormido.

Lluvia.

Presto un chasquido que insistente suena,
Interrumpe su sueño placentero,
Y es el agua del cielo que nos manda
La lluvia de Febrero.
¡Oh lluvia que ora escucho indiferente!
Murmura bostezando,
¡Un tiempo fuiste música sonora
Que oí sonar, gozando!
Que en las horas de invierno riguroso

La lluvia es un arrullo cariñoso.
¡Llueve! (dice el amante) ¡Oh qué bendita
La lluvia cadenciosa,
Que da pretexto á prolongar la cita
Y á ser feliz junto á la prenda hermosa!
¡Llueve! (dice el marido) ¡horror! ¡malhaya
La lluvia inconveniente,
Que cayendo me impide que me vaya
Huyendo á mi curiosidad impertinente.

La lluvia es melodía
Ó ruido de tenaz monotonía;
Para el amor, arrullo cariñoso;
Para el hastío, sonsonete odioso.
¡Ay, dicha pasajera,
Nube fugaz de lluvia en primavera!

Crepúsculo.

En tanto estos ayes del pecho exhalaba
La tarde moría, la noche avanzaba....
Yo aguardo estas horas postreras del día
Que el alma me inundan de triste poesía,
Mirando en los rojos crujientes carbones,
Candentes figuras y extrañas visiones.
El alma en sus giros y dulces engaños
Se pierde, y se lanza por mundos extraños,
Y en esos momentos de sombra y de calma
Yo evoco á mis solas recuerdos del alma.
De niño á estas horas al valle volvía
Mirando los rayos del sol que se hundía,
Cantando esperanzas y dichas y amores,
Trayendo á mi madre manojos de flores.
La veo á la sombra del ancho madroño

Que ya deshojaron los aires de otoño ;
Recuerdo la mesa que juntos pusimos
Colmada de frescos fragantes racimos ;
La brisa y las hojas en dulce concierto
Las aguas del río, las tapias del huerto.....
Comparo con tedio que el alma devora
Las dichas de entónces, las penas de ahora
Y en tanto la llama se extingue y refleja,
Se iergue y se humilla, y avanza y se aleja
Su luz derramando con plácida calma
Y oculto misterio sembrando en el alma.

Con vuelo incansable la audaz fantasía
Se lanza en las brumas postreras del día,
Y salva distancias, y cruza los mares,
Y va recorriendo comarcas y hogares.
Contemplo del campo las muertas labores,
Veo á las cabañas volver los pastores,
Y al puerto acogerse del viento al empuje
La barca sin velas y el remo que cruje.
Las blancas gaviotas en anchas bandadas
Se alejan rozando las ondas rizadas :
Del valle en el fondo, con són funerario,
La esquila resuena llamando al rosario.
Allá entre la bruma con negra guedeja
Se ve el humeante vapor que se aleja,
Llevando en su seno y á climas lejanos,
Amantes y esposos, y padres y hermanos!
Tal vez á estas horas en triste aposento
La esposa solloza con hondo lamento ;
La casta doncella con alma doliente
Suspira en la sombra llorando al ausente.
En mil soledades, del mundo ignorados,
Se ven á estas horas los enamorados ;

Del día espirante la luz tibia aspiran,
Estrechan las manos y amantes se miran.

Contando las horas el triste enfermero,
Se duerme olvidado del ay lastimero.
Yo en tanto en la llama y en rápido giro
Visiones hermosas estático miro ;
Recuerdos que pasan de gratos placeres,
Imágenes bellas de amantes mujeres!
Aquella es la sombra que en són lastimero
Murmura en las noches del mes de Febrero
Y en torno á mi lecho cual céfiro gira
Y el alma sedienta su ambiente respira.

¡ Oh mes de Febrero, de eterna memoria !
Tu nombre en mi mente despierta una historia ;
De mil carnavales el bien ya lejano,
Me manda que cante la incógnita mano ;
Espíritu amante, secreto misterio,
Yo canto tus glorias y anónimo imperio !

CARNAVAL.

Era un baile ; y entre el ruido
De la orgía y del placer,
Una sombra, una mujer
Envuelta en velo tupido,
« Que me recuerdes te pido
Como te recuerdo yo »,
Dijo ; y leve deslizó
Entre mis manos su mano,
Y despues cual humo vano
Para siempre se alejó.
No supé más ; más no vi ;
Pero aún siento temblorosa

Aquella mano ardorosa
Qué entre las mias sentí.
Aun con loco frenesi
La quiero llevar al pecho ;
Aun con efusion la estrecho
Contra el corazon herido ;
Y ora la aprieto rendido
Ó la estrujo con despecho.

Desde aquella noche triste,
De eterno recuerdo amante,
La mano en afan constante
Tenaz en llamarme insiste ;
Formas distintas reviste
Y en mi tormento empeñada,
Siempre la siento callada
Dirigiendo mi destino,
Y marcándome un camino
Entre la sombra velada.

Cuando rendida al pesar
Triste el alma al cielo implora,
La mano consoladora
Viene el dolor á calmar ;
Lenta la siento bajar,
Del cielo se precipita,
Y haciendo una cruz bendita
Con sus dedos sonrosados,
De los labios abrasados
Beso amante solícita.

La llama el afan creciente
Y cuando de sed se abrasa
El alma, y la noche pasa
Velando la inquieta mente,
Sobre la ardorosa frente
Celeste lumbre derrama,
En amor el pecho inflama,

Y con los dedos unidos,
Viene á contar los latidos
Del corazon que la llama.
Si enfermo en desierto lecho
Sufro en queja prolongada,
Ella enfermera callada
Pulsa el fatigoso pecho.

Febril y amante la estrecho,
Y ella pasa horas enteras
Parando las minuterías
Y las péndolas vecinas,
Y corriendo las cortinas
Y entornando las maderas.

Cuando á una mujer hermosa
Sedientos miran mis ojos,
La mano en mudos enojos
Los míos cubre celosa.
Cuando en mi sed amorosa
Me siento capaz del crimen,
Y corazon y alma gimen
Llorando dichas ausentes,
Siento unos dedos candentes
Que en el cerebro me oprimen.

Faro que su luz refleja,
Busco en ella el puerto amigo,
Su forma vaga persigo
Que en la sombra se bosqueja,
Fuego fatuo que se aleja,
Voy su lumbre persiguiendo,
Y así vivimos muriendo
Dos que morimos amando,
Ella de léjos llamando.....

Y el alma siempre siguiendo.....
A otro más crédulo asombre
Con raro asombro profundo

La gloria y poder que el mundo
Logra por mano del hombre.
Mi sueño no tiene nombre,
Mas ya lo llevo á entender,
Y he venido á comprender,
Persiguiendo una mentira,
Que el mundo incesante gira
Por mano de la mujer.

Por ella al mundo venimos
Y seguimos y creemos,
Amamos y aborrecemos
Y matamos y morimos.
Somos, serémos y fuimos
Siempre esclavos de su fe.
¡Ay mano oculta! ¡Ya sé
Por qué mi vida consumes,
Que en tus misterios resumes
Cuánto será, y es y fué!

¡Tú con misterioso afán
Y honda y secreta impulsión,
Alas das al corazón
Que en tu amor se desharán;
Siguiéndote siempre van
Con esperanza creciente
Los recuerdos de la mente
Y la sed del pecho amante,
Símbolo mudo y constante
Del afán que el hombre siente!

Humana forma aquel día
Te juzgó el loco deseo,
Y ora cual eres te veo,
Misteriosa alegoría.
Sin razón te suponía
Realidad de ser humano,
Y eres misteriosa mano

Con tu secreto profundo,
La oculta fe que en el mundo
Mueve al sentimiento humano.

Dicha, dolor y placer,
Cuanto se piensa y se siente,
Todo lo inspira el ambiente
Del amor de una mujer.
Gloria, ambición y poder,
Inquietud, zozobra y calma,
Áureo laurel, seca palma,
Ella es la fuerza del sino,
Mano oculta, que el camino
Le va señalando al alma!

Luz que el derrotero enseña,
Mar adonde van los ríos,
Reina de los albedríos
De las voluntades dueña.
Alma y corazón domeña
Con sus misterios profundos,
Ora con bienes fecundos
O indescifrables misterios,
Removiendo los imperios
Y trastornando los mundos.

Alma mujer, yo te imploro.
Tú eres el tiempo y la historia,
Ya en ardiente sed de gloria
Ya en impía sed del oro,
Por tí su gloria ó desdoro
Logra el corazón humano,
Pues tú eres la oculta mano
Que en la sombra el alma estruja,
Y al bien ó al mal nos empuja
Con impulso soberano.

Márcame, pues, mi destino,
Que veída ó descubierta,

Ya sé que mi vida incierta
Gobernarás de continuo.
Feliz ó fatal destino
Por tí espero merecer,
Pues mientras aliente un sér
Que de humano tenga el nombre,
Siempre irá impulsando al hombre
La mano de una mujer!

Pulvis est...

Así del mes en que el amor se oculta
Bajo el disfraz de loca algarabía,
Cantaba el vate la memoria grata
Que el alma consumía.

Pasó Febrero con su alegre ruido,
El eco alegre del placer pasó;
Todo pasa, las dichas y las penas,
Pero el recuerdo, ¡no!

¡Oh Carnaval eterno de la vida,
Engañosa ilusión, hoy como ayer!
¡Oh breve mes, por algo eres más breve...
¡Porque eres el placer!

LXVII.

Á ANTONIA CAICEDO.

Los hombres que hablan mal de las mujeres
No lo sienten así.

Yo, en cambio, he de cantar cuanto por *ellas*,
Disfruté y padecí.

Orencia me enseñó con sus amores
A sentir el amor,

Y Aurora con su olvido desdeñoso...
A pensarlo mejor.

Rosalba me alentó á buscar la gloria
Con ambición febril;

Y Águeda libertó del vicio odioso
Mi pecho juvenil.

Por Fanny empobrecí; pero el trabajo
Por ella amar logré;

Por Ledia enriquecí, para ofrecerla
Lo que obra suya fué.

Por seguir á Ascension crucé la Europa
Y el mundo conocí.

Por agradar á Marta la discreta
Estudí y aprendí.

Enseñóme el desprecio de la muerte
La pérfida Isabel;

Hizome amar la vida, por amarla,
Olimpia, siempre fiel.

Por Concha fui activo, diligente,
Audaz y emprendedor.

Quitóme el sueño Luz; soñé con Laura
Las glorias del amor.

La que me amó, me dió de la victoria
El sin igual placer.

La que me despreció, mi necio orgullo
Modesto me hizo ver.

Ellas pintaron mis primeras canas
Matando mi pasión,

Y la primera lágrima arrancaron
Al triste corazón.

Ellas la miel de las primeras flores

Me dieron á probar,
Y cual nuncio de paz, el primer hijo
Me hicieron adorar.
El arte en bellas formas esculpido
En ellas vi latir,
La poesía que inundó la mente
Hiciéronme sentir.
De las heridas que en el alma hicieron
El dolor olvidé ;
¡ Soldado audaz, las anchas cicatrices
Con gloria ostentaré !
Ella fué la que niño en sus rodillas
Me enseñaba á rezar ;
Ella la que á mis hijos les enseña
Mi nombre á pronunciar !
Ellas son la esperanza y la victoria,
La gloria y la ambicion ;
La razon, la locura y el despecho,
La calma y la pasion.
Ella es la duda en que la mente flota
Sintiéndose morir ;
Ella la fe que cual brillante estrella
El alma ve lucir.
Ella pasea su triunfante carro
De la guerra al fragor,
Y surge de la espuma de los mares
Derramando el amor !
Con *ellas* soñador adolescente
Al mundo me lancé ;
Con *ellas* la pendiente de la vida
Sin riesgo bajaré.
Libros, aulas, y estéril ciencia humana
No pueden enseñar
Lo que sus ojos en que brilla el cielo
Y su alma, inmenso mar !

Los hombres declamando sus errores
No lo sienten así ;
Yo canto en evangélico deseo :
Hembras, venid á mí !

LXVIII.

Confesando en el templo sus pecados
Sollozaba la esposa en su afliccion,
Víctima triste de su amarga vida
Y de fatal error.
¡ Oh, cuán hermosa en su abrasado lloro
Pintaba su desvío y su pasion,
Y roto por su culpa el dulce lazo
Del conyugal amor !
Ella pensó ser fiel ; nunca creyera
Sentir del hondo abismo la atraccion ;
Pero el despecho y la injusticia humana
Causaron su dolor.
Faltó, y amó á otro sér con alma y vida ;
Le ama, le adora con tenaz pasion,
Y al verla que llorando lo deplora...
Lloraba el confesor !
Que al ver aquel tesoro de ternura,
Y en tan grande hermosura tal dolor,
Hasta las duras piedras se ablandáran
Oyendo aquella voz.
Por fin, las causas indagar intenta
Que aliento sean del fatal amor,
Y dén motivo á perdonar, siguiendo

Su impulso el corazón.
Pendiente del anciano bondadoso
La pecadora, triste, murmuró :
—Falté, ¡ porque en tres años de amargura
No se me comprendió » ;
Y lanzando un suspiro prolongado,
Mirando al cielo, y con doliente voz,
— ¡ Todas dicen lo mismo ! dijo el cura...
Y echó la bendición (1).

LXIX.

Á CAROLINA LOPEZ LERDO.

Quando al mundo tendiste el primer vuelo,
Yo vi en tus ojos despuntar la aurora ;
Hoy en tu frente como en claro cielo
Contemplo el sol que las montañas dora.
Quando el amor te brinde eterno lazo,
Tus amores veré, gozando en ellos :
Quando á tus hijos vea en tu regazo
Los amaré, porque serán muy bellos.
Al saber que en el mundo eres dichosa
Sentiré, presintiéndolo, alegría,
Si me cuentan que lloras pesarosa,
Sentiré en soledad melancolía.
Siguiendo paso á paso tu camino

(1) Una mujer, tan hermosa como desgraciada, refirió al autor há tiempo este suceso, en el que la poesía no ha puesto más que la forma.

Yo el reflejo he de ser de tu ventura,
Constante soñador de tu destino
Y eterno girasol de tu hermosura.
Y tú al ver que tu nombre siempre invoco,
Dirás, pensando en el que más te quiera,
Que el amor es violento y dura poco,
Y la amistad es dulce y duradera.

LXX.

AL CORONEL OROZCO.

Era guardia de Corps y enamorado
El infeliz Pascual,
Hoy viejo regañón, y hombre de Estado
Y conde, y general.
Y era niña gentil, rosa temprana
La sin igual Belen,
Hoy madre, abuela, y venerable anciana,
Y condesa también.
Por seguirla el incauto subalterno
El año veintidos,
Dejó el servicio y el hogar paterno
De su adorada en pos.
Cruzó caminos, córtes y lugares
Tenaz y eterno bú,
Y llegó, atravesando tierra y mares
Al reino del Perú.
Allí pobre y enfermo y pereciendo
Amóla sin cesar,
Y otra vez cruzó el piélago, volviendo

Con ella al patrio hogar.
Incauto defensor de aquella hermosa
De quien lloró á los piés,
Batióse, y una herida peligrosa
Le tuvo en cama un mes.
Por ella en lucha de dolor tremenda
Viéndola de otro amor,
Buscó la muerte en la civil contienda
Con sin igual furor,
Y desde entónces su brillante historia
La fama dió en contar,
Haciendo eterna la esplendente gloria
Del bravo militar.
Él, entre tanto, su postrer suspiro
Lanzar en fin pensó,
Llegando el pobre hasta pegarse un tiro...
Que no le resultó.
Las crónicas el hilo al fin perdieron
De tanto padecer;
Yo sólo sé lo que mis ojos vieron
Con raro asombro ayer.
Una carta á entregar de la Condesa
Un ayudante entró,
Leyóla el veterano, y en la mesa
Con rabia la arrojó.
Y al oír que en el sobre dice: — *Urgente.*
Dijo: — Conteste usted;
Y dígale á esa vieja impertinente...
Que cuando pueda... iré!

LXXI.

EL ALBUM DE RETRATOS.

A la Baronesa de Córtes.

Esperando en el salon
Que á mi vista apareciera
La hermosa que ocasion era
De mi impaciente emocion,
Un álbum de tersa piel
Con lindos broches de acero
Mientras llega la que espero
Me brinda á fijarme en él.
Cien hombres vi allí pasar,
Sus efigies contemplando,
Unos tal vez esperando
Y otros cansados de estar.
Allí con sonrisa amante
Me miraba una mujer,
Que al verme en la calle ayer
Perdió el color del semblante.
Y á su lado seco y frio
Vi el rostro enjuto de un hombre,
Que porque la dió su nombre
Dicen que aborrece el mio.
Una *inconsolable* viuda
Rebosando nueva vida,
Estaba allí tan vestida....
Que parecia desnuda.
Con rostro que anuncia enojos
Una niña encantadora,

Rival de la blanca aurora
Por sus clarísimos ojos,
En su linda faz austera
Parece que me decía:
—Qué desdichada sería,
Ingrato, si aún te quisiera!
Satisfecho de su obra
Contemplé al coronel Melo,
Que há tiempo me hirió en un duelo
Y tuvo razon de sobra.
Y al lado, la que hoy es ya
Su mujer, me sonreía,
Y yo muy triste, decía:
—¡Dios mio, qué vieja está!
En todo su áureo esplendor
—Retrato de cuerpo entero—
Un opulento banquero
Vestido de cazador.
Y al lado, con faz cansada,
Su infantil consorte fiel,
Blanca paloma sin hiel
Con armas de oro cazada!
Un famoso general
Que nunca ha entrado en accion....
¡Sentado junto á un cañon
Con aspecto muy marcial!
Y un juez que dió á mi contrario
En pleitos la razon mia,
La severidad lucia
De todo un juez ordinario.
Tristes recuerdos despierta
En mi mente dolorida
Ver á un pícaro con vida
Y á una niña hermosa, muerta!
Y aún me da más pena ver,

Juntos y alegres y unidos,
En tierno grupo fundidos,
Dos hombres y una mujer.
En una página, inmola
Leyes de un santo cariño
La nodriza con el niño,
¡Y en otra, la madre, sola!
Mi corazon se alegró
Viendo en la misma postura
Al médico que me cura.....
Y al cura que me casó!
Cuatro hojas llenan risueñas
Várias bellezas tempranas,
Altas, bajas y medianas,
Morenas, rubias, trigueñas.
Todas con tan dulce risa,
Que el alma quiere adorarlas,
Sin pensar que al retratarlas
Les forzaron la sonrisa.
Por fin, la vista que pasa
Hojas várias impaciente,
Halla el retrato esplendente
De la dueña de la casa.
Su beldad fascinadora
Y su escultórico busto
Resaltan más por el gusto
De una actitud tentadora.
Flor que atravesando abrojos
Llegué por fin á tocar,
Luz que el alma ve brillar,
Faro que buscan los ojos!
Mirando extasiado estaba
El retrato, sin sentir
Lo mucho que ya en venir

El original tardaba,
Y olvidando la tortura
Que pasé en sed infinita
Hasta hacer esta visita
Principio de una aventura,
Sentía el pecho latir,
Y la mente soñadora
Pensaba en la ansiada hora
Que presto verá lucir,
Y en el nuevo amor fecundo,
Tesoro de mil placeres,
Que haga olvidar los deberes
Y tiranías del mundo.....
 Cuando tantos regocijos
Turban, aunque no me cuadre,
Un retrato de mi madre
Y un grupo en que están mis hijos.
 Sentí entónces..... no sé qué ;
Miré en torno del salon,
Pensé que aun era ocasion.....
Cerré el libro, y me marché!

Enero, 1876.

LXXII.

EL PAÑUELO.

(Historia madrileña).

Carta.

Con el pañuelo que perdiste un día
Del vals en la confusa rapidez,
¡Cuántas lágrimas, cuántas, he secado
Pensando en tu desden!

 Teñido en sangre que enemigo acero
Arrancó al corazón que tuyo fué,
Lo besaron mis labios muchas horas
En insomnio cruel.

 Cuando tu olvido me lanzó á los mares
Para olvidar tu pérfida esquivéz,
En la orilla dejándote dichosa
Con él te saludé.

 Allá en los campos de la ardiente Cuba
Santo amuleto amante le adoré,
Blanca bandera, de la tregua anuncio
Se alzó más de una vez.

 Mi madre en tanto, en soledad moria ;
Cuando lo supe y en tu amor pensé,
El rostro en llanto de dolor bañado
Me lo cubrí con él.

 Volví á la patria : saludé las playas
Donde te vi por la primera vez,
Y estrujando el pañuelo entre las manos
Pensando en tí lloré.

 Cruza de nuevo ante mis muertos ojos

Tu imagen bella y tu insolente bien,
Y de nuevo este lienzo, compañero
De mis angustias es.

Dueño feliz que luce tu hermosura,
Tu posesion ostenta por doquier,
Y yo, mordiéndote tu pañuelo blanco,
Callando lo veré.

Ayer del baile entre el alegre ruido,
Tus tristes ojos mi semblante al ver,
Mudos lloraban, de mi rostro viendo
La eterna palidez.

Los niveos dientes apretando unidos
De tus labios las hojas de clavel,
En roja sangre los tñieron tanto,
Que se la vió correr.

Tu amante dueño á restañar la herida
Corre al instante que la sangre ve
Y el blanco lienzo de mis manos coge
Para secarla en él.

¡Ay! de tu herida bálsamo secreto
Fué el llanto de mis ojos, bien lo sé;
Libaste á tu pesar lágrimas mias
Botin de tu desden.

Y el ignorante que por un capricho
De extraño azar en tu socorro fué,
Volviéndome la prenda, mil perdonos
Me demandó cortés.

¡Oh! si en el mundo los heróicos pechos
La voz no respetáran del deber,
Gracias mil con el alma yo le diera,
Por la casual merced.

Si otra vez por desdicha ó por ventura
Nos halláramos cerca como ayer,
Y en estos labios apagados míos
Color brillante ves,

Piensa en las veces que perdido el sueño,
Mis labios en frenética avidez
Su color á tu sangre habrán robado
Con insaciable sed.

Y si escuchares, al dejar de verme,
Que en soledad me siento fallecer....
Cubre mi rostro con el blanco lienzo
Que el mundo quiero abandonar con él!

Respuesta.

Mis padres fueron de mi bien avaros,
Fué la fortuna mi puñal traidor,
Oro me sobra, timbres, rentas, galas,
Pero alegrías, no.

No me robaste mi pañuelo blanco
Del vals en la revuelta confusion;
Te vi cogerle con afan secreto
Que el alma adivinó.

Mientras mi madre preparó mis galas,
Mientras mi padre concertó la union,
Mientras mi novio me decia amores,
En tí pensaba yo!

Me dijo el mundo que por mí exponias
La vida en aras de mi hollado honor,
La aurora á cuya luz morir pudiste
Llorando me encontró.

Al partir á otros climas la fragata,
Te vi mirando al puerto con dolor;
Calló mi lengua, devoré mi llanto,
Mi alma te despidió.

Cuando tu madre en soledad moria
Por tí y por ella le rogué al Señor;
Las frescas flores que en su tumba crecen

Mi mano las sembró.

Esclava soy de mi deber jurado,
Si mi padre vendió mi corazón,
En mi esperanza vivirás ausente,
En mi memoria, no.

Guarda el pañuelo que la sangre ostenta
Con que mi pena en su dolor mordió
Los torpes labios que guardar juraron
Fe del mentido amor.

Antes que tú perecerá quien tiene
De muerte herido el triste corazón.
¡Sé tú quien cubra con el blanco lienzo
Mi rostro sin color!

Invitación.

Querido Luis : En premio del servicio
Que debe á tu pañuelo mi mujer,
Mañana jueves, á las siete y media,
Los dos te esperaremos á comer.

Ecos de Madrid.

«Ayer en el Retiro á un caballero
»Un ladrón el pañuelo le robó,
»Y no pudiendo dar con el ratero
»El robado al estanque se arrojó.
»Se han hecho diferentes comentarios
»Del hecho original,
»Y el suicidio atribuyen los diarios
»A trastorno mental.

»La señora Marquesa del Olvido,
»Condesa de Soler,
»Falleció en el teatro de repente
»En la noche de ayer.
»Su sorda y pertinaz melancolía,
»Segun más de un doctor,
»Produjo el triste fin que Madrid todo
»Refiere con dolor.»

Epílogo.

El noble viudo, que por dicha rara
Siempre halló gloria en la amorosa lid,
Terceras nupcias dicen que prepara
Que asombren á Madrid.

Tres hermosuras en su edad florida
Hizo suyas el inclito Marqués,
Cuya salud y plétora de vida
Sobraron á las tres.

Rico, robusto, decidor, rumbo, y
Nunca el tiempo en sentir diz que perdió;
Todo lo encuentra fácil el dichoso;
Cuanto quiso logró.

Buscando está para el amante nido
Mil antiguallas que á adornarle van :
De un almacén en el sin par surtido
Las busca con afán.

Un terso espejo en que su faz galana
Catalina de Médicis miró,
Y de Ninon, famosa cortesana,
Magnífico reló.

Vajilla de oro, espléndidos joyeros
Que usó el Gran Capitán,
Y un albornoz que regaló á Cisneros

El vencedor de Orán.

El manto que á la célebre Padilla
Cubria cuando el rey se la llevó,
Y el velo que una reina de Castilla
Para su boda usó.

Abanicos en áureo varillaje
Que eran de reinas y de damas mil,
Y rica falda de flamenco encaje
Que el talle hará gentil.

Todo lo compra el novio cariñoso,
Y el anticuario en charla sin igual,
Mil rarezas le vende calumnioso
Para el hotel condal.

Y notando despues que busca en vano
Algo que el anticuario adivinó,
Al verle que con una y otra mano
El traje recorrió,

De un monton donde está medio escondido
Coge un pañuelo que á ofrecerle va,
Y entre el encaje y diáfano tejido
Teñido en sangre está.

Regalárselo quiere al noble viudo
Que tanto cachivache le compró,
Y aunque el origen explicar no pudo,
Mintiéndolo inventó.

Del comprador altivo y desdafiioso
Los torpes ojos el pañuelo ven;
Y encontrándole pobre y haraposo
Le arroja con desden.

«Guarda ese trapo vil de mil colores,
Dijo despues, y echándose á reir,
Que huele á crimen y trasciende á horrores
Y no me ha de servir.»

¡Ayl en aquel instante de amargura

Nadie sintió el rumor
Con que en dos tumbas, en la noche oscura,
Sonaba un hondo, inmaterial temblor!

LXXIII.

LA PAZ EN LA CUNA.

Tendido en su lecho
El niño sufría;
En llanto deshecho
El padre moría.
La madre le vela
Con amante afán:

Triste el niño á los dos los contempla;
Mirándole están.

La madre al esposo
Tiempo há que no mira;
De amor desdafiioso
La ausencia suspira;
El padre á la esposa
Tiempo há que no ve,

Y á los dos los separan quebrantos
De sólida fe.

El niño en su lecho
Los nombra y los llama,
Con ayes del pecho
Que á entrambos los ama.
Los dos acudieron
Su llanto al oír,

Y allí ya, sin mirarse á la cara,

Le escuchan gemir.
Con tímidos ojos
A entrambos mirando,
Los mudos enojos
Está adivinando.
La pena que siente
No sabe expresar,
Que en su infancia, infeliz, sólo sabe
Reír ó llorar!
Les mira, y comprende
Que entrambos le adoran
Y al par les ofende
Mirarse, y que lloran
Con llanto de hiel,
Y no entiende si lloran sus odios....
O lloran por él.
De un lado á otro lado
Se vuelve y suspira;
Doliente y callado
Y amante les mira.
Su dulce mirada
Les hace sufrir...
Y la vista clavando en el suelo
Se sienten morir.
Tenaz calentura
Voraz le devora;
Ya un ¡ay! no murmura,
Ni gime ni llora,
Sus ávidos ojos
Abiertos están,
Y en el cielo fijándose, dicen:
¡Señor qué fendrán!
Volvió en sí la esposa
Y alzó la mirada:
Con otra enojosa

Cruzóse y airada.
Sonaron las alas
Del bien que voló...
¡Ay! el niño temblando de miedo
Los ojos cerró.
Ya el médico viene,
Su fe les impone,
La cura previene,
Remedios dispone.
Mandado les deja
Que habrán de mezclar,
Con la fúlgida flor del granado
La flor de azahar.
La trémula abuela
Que andando encorvada
Agita en silencio
La frente arrugada,
Tras hondo suspiro
Mirando á los dos,
Dulce olvido, con lágrimas mudas
Les pide por Dios.
Le infunden horrores
Esencias y gomas;
¡Mejor que dos flores...
Serán dos aromas!
Más grato en la cuna
Será confundir
Dos alientos que engendren un beso
Que aliente á vivir.
Los torvos esposos
Con ánsia suspiran;
En llanto copiosos
Los ojos se miran.
Se oyeron las alas
Del bien que volvió...

¡Y el enfermo con dulce sonrisa
Los ojos abrió!
¡Los labios avanzan,
Los pechos palpitan,
Los ayes que lanzan
La atmósfera agitan...
Del niño en la cuna
Cayendo á los piés,
En un beso que nunca se acaba...
Se funden los tres!!

LXXIV.

LA VIUDA.

¡Cuánto debió de sufrir
Ines, de su Andrés al lado,
Viéndole, esposo adorado,
Entre sus brazos morir!
Al cielo su labio injuria,
Y en indignacion extrema
Desesperada, y blasfema,
Y en raptó de inmensa furia,
Precipitase al balcon,
Y con ímpetu violento
Va arrojarse, en un momento
De espantosa turbacion.
Yo, su más leal amigo,
Contuve su furia airada,
Y su honda pena callada
Contemplé, mudo testigo.

Un mes con hondo pesar
La vi tenaz padecer.
Sin comer, y sin beber,
Sin dormir y sin hablar.
No bastaban á sus males
Padres, y amantes hermanos,
Ni los consuelos cristianos,
Ni tisanas ni cordiales.

Por fin la materia insana
Venció de la pena fiera...
Y durmió una noche entera
Y parte de una mañana.

Ya pasados veinte días
La encontré ménos llorosa,
Aunque enferma, y ojerosa,
Y en sordas melancolías.

Ya toma caldos ligeros
Y duerme al día seis horas,
Y recibe á unas señoras,
Y á dos ó tres caballeros.

Mas jura que ha decidido
Toda cura resistir,
Y dejándose morir
Unirse al amor perdido.

Su médico le es odioso,
Sólo el nombre la horroriza,
Porque el doctor sintetiza
El recuerdo más penoso.

«Cálmate por Dios, la digo;
— ¡No! me responde altanera;
¡Quien vida y salud me diera,
De mí bien fuera enemigo!»

De la córte me partí,
Y al comenzar el verano,
Un día en mi hogar lejano

Este parte recibí :

«Dime por un telegrama
»Las señas de tu doctor,
»Pues voy de mal en peor
»Y estoy desde ayer en cama.»

Contesté inmediatamente,
Y á poco Ines me escribió
Que mi médico logró
Curarla perfectamente.

Vuelvo á la córte; han pasado
Desde la muerte de Andres
Once meses, y ya Ines
Su color ha recobrado.

Triste está, mas no afligida ;
Llora, mas no desolada ;
Yo la dejé destocada,
Y ora la encuentro prendida.

Ya llorando no trasnochaba,
Y en contra de su deseo,
Sale, enlutada, al paseo
Melancólico de Atocha.

Ya en su rostro se divisa
Sol de brillantes colores ;
Ya me atrevo á echarle flores...
Y le arranco una sonrisa.

Los ojos claros y enjutos
El dolor tenaz no entorna,
Y el cuerpo gentil se adorna
Con más elegantes lutos.

Al año, ya en el Retiro
Madrid la vuelve á admirar :
Ya su difunto al nombrar
Suple al llanto hondo suspiro.
Y en el espléndido coche
Va, dando treguas al llanto,

Por la tarde al Campo santo,
Y al gran baile por la noche.

La distraccion de sus males
Que aún á sus solas la afligen,
Es «triste deber que exigen
Las conveniencias sociales.»

«Todo, le dije, hija mia,
Lo borra al fin el olvido ;
Vuelvo á dejarte y te pido
Cese tu melancolía.

«Tal vez dijo, un año ó dos,
Me verá el mundo reir ;
Más no tardaré en morir ;
Con pena te digo adios.

Que aunque mis parientes tratan
De distraerme, y lo intentan,
Los recuerdos me atormentan
Y las memorias me matan.»

Volví al pueblo ; me ofreció
Escribirme alguna vez,
Y en ocho meses ó diez
Ni una línea me escribió.

Por fin, al año cumplido
Recibo una carta abierta
Cuyo sobre en mí despierta
Un recuerdo ya perdido...

Y ¡oh funesto desenlace !
¡Oh naturaleza impía !
Leí : «Doña Inés Garcia...
Participa á V. su enlace.»